

1ER.. PREMIO DEL II CERTAMEN DE CUENTOS Y RELATOS BREVES “JUNTO AL FOGARIL” , AÍNSA 2009.

CATEGORÍA GENERAL.

AUTOR: LUIS GONZÁLEZ CÓRDOBA

TÍTULO: EL HOMBRE QUE TOCABA LA VIHUELA

PSEUDÓNIMO: MAX BROD

Era la del alba cuando la niebla confundida con la pólvora desdibujaba las figuras desvaídas en el agua: tablas diseminadas, barriles, cuerpos muertos y cuerpos asidos a la vida sin ninguna convicción, abrazados de forma testaruda y contumaz a alguna madera para no desaparecer para siempre en el olvido de los muertos.

Rodeados de un denso olor a sangre y a salitre esperaban la luz del día para ver con sus propios ojos la imagen espeluznante de la tragedia, la forma cruel y terrible de la muerte. A ratos, el silencio se resquebrajaba con algún alarido de dolor último, con el chapotear torpe de un cuerpo vencido que se descosía de las gúmenas y bozas para descender a la oscuridad y al silencio inmenso de la nada.

Nahar se aferraba al bauprés desvencijado y desde su envidiable posición observaba impotente los labios amoratados de quienes ya no respiraban, los ojos turbios de los que hacía tiempo habían dejado de ver y también miraba atónito cómo en el castillo de proa todavía vibraba una vela vacilante en la baltra de una vasija, cómo las vísceras de una llama violácea viraban su invulnerable destello sobre un vaso verde de vidrio que nebulosamente dejaba entrever el agua en él vertida y fue entonces cuando comprendió cuán cerca estaba el final para todos ellos.

Sin embargo, todavía tuvo fuerzas para introducir en una botella un pergamino escrito de su puño y letra en el que pedía auxilio para los pocos hombres que aún querían, en medio del océano, contemplar el amanecer de aquel diecisiete de mayo de mil quinientos treinta.

* * * * *

Gonzalo de Avendaño era hombre culto y reservado, poco dado a la juerga y al puterío. Castellano recio y buen cristiano, malvivía en una humilde vivienda del sevillano barrio de Triana y se ganaba la vida, desde el suceso del “San Gabriel”, copiando cartas de marear.

Así llevaba cinco años desde la aciaga noche en la que su maestro, Ezequiel Aguirre, con más vino que sangre en las venas, encalló la nave en un arrecife próximo a una isla del Caribe. Todos los esfuerzos de la tripulación fueron inútiles. El agua inundó el casco y nada se pudo hacer por la embarcación.

Desde entonces, no había vuelto a la mar. Sus amistades podían contarse con los dedos de una mano, pero gozaba del respeto de todo el mundo. Nunca habló con nadie del suceso del “San Gabriel”. Se limitó a asumir la responsabilidad de la tragedia. Había sido educado en la lealtad y la nobleza y no entendía a los que buscaban chivos expiatorios en terceras personas para salir airosos de todos los trances, al precio que fuera.

Nacido para capitanear naves, que no para medrar en despachos, tenía claro que su vida de navegante había llegado a su fin de forma injusta pero gallarda.

Peor suerte corrió su lugarteniente Ezequiel Aguirre, que una noche de aguacero, haciendo honor a su férrea disciplina en lo que a costumbres se refiere, apareció ahogado en alcohol a la puerta de una mugrienta taberna de Sanlúcar.

Cuando a Gonzalo de Avendaño le comunicaron la triste noticia, se limitó a decir:

- Que Dios se apiade de su alma.

A veces, parecía un hombre insensible, pero nada estaba más lejos de la realidad. No sé cuales serían las razones que le empujaban a mostrarse frío y distante, e incluso rudo y cruel en ocasiones. Tal vez era un arma de defensa ante las alimañas que le rodeaban. No lo sé, pero lo verdaderamente cierto era que Gonzalo de Avendaño estaba hecho de una sola pieza. Era un hombre íntegro de los pies a la cabeza.

A los pocos amigos que conservaba solía verlos al caer la tarde en el puerto. Allí, hablaban de expediciones, naufragios y aventuras hasta bien entrada la noche. Todos eran hombres de mar, excepto Nahar, el músico. Su verdadero nombre era Ginés de Alquézar, pero él se había rebautizado con ese escueto apodo.

Padecía una deformación en la espalda que le impedía realizar esfuerzos físicos y como los tiempos que corrían no eran precisamente propicios para las almas sensibles, se

malganaba la vida tocando la vihuela –instrumento heredado de su difunto padre, así como los conocimientos que tenía del mismo-, en plazas y mercados, a las puertas de las iglesias, en tabernas y mancebías.

Había llegado a Sevilla, huyendo de Granada, donde algunos cristianos se divertían acuchillando moriscos, por eso de no creerse que uno se convierte de la noche a la mañana.

Sus padres tuvieron, como tantos otros, la desdicha de caer en manos de aquellos asesinos miserables que aprovechando la luna llena pasaron a cuchillo a los habitantes de los barrios morunos, cubriendo de sangre nazarí las empinadas calles del Albayzín y los secos cerros del Sacromonte.

Durante un tiempo, Ginés de Alquézar se movió con cautela por la ciudad del Guadalquivir. No hablaba con nadie de su procedencia y ocultaba la vihuela por estar extendida entre la población cristiana la creencia de que el sonido de dicho instrumento lo inspiraba el espíritu de Alá.

La primera tarde que vio a Gonzalo de Avendaño no cruzó palabra alguna con él, sin embargo, le llamó poderosamente la atención el contraste de su mirada altiva con la inmensa tristeza que albergaban sus ojos.

Días más tarde volvieron a encontrarse. Ginés estaba recostado en un noray del puerto y recitaba unos versos a cambio de una limosna. Gonzalo de Avendaño se detuvo a escuchar al muchacho, que decía:

*En altas ondas del mar
navegando con fortuna,
al tiempo vela ninguna
non pudiendo comportar,
contrarios vientos a par
sacudiendo las entenas,
esforcé con velas buenas,
más non pude contrastar
al grand poder de mis penas.*

Algunos transeúntes echaron unas monedas y otros se limitaron a mirarlo con lástima. Cuando acabó de recitar y se fue disolviendo el corrillo, que se había congregado a escucharle, Gonzalo de Avendaño se acercó a él.

- ¿Puede saberse de quién son esos versos?
- Sí –contestó Ginés de Alquézar-, de Juan de Dueñas.
- No te conozco, ¿eres de Sevilla?.
- No señor, sólo soy un vagabundo.

Gonzalo de Avendaño sacó unas monedas y se las dio en la mano, no arrojándolas al suelo como unos instantes antes acababan de hacer quienes le habían escuchado.

- Gracias, señor.
- ¿Dé quién dijiste que eran los versos?.
- De Juan de Dueñas, señor.
- Hasta la vista.
- Adiós.

Días después volvieron a verse en el mismo lugar. Ginés de Alquézar recitaba para un corro de curiosos, mientras Gonzalo de Avendaño paseaba junto a Diego de Ledesma, hombre de mar igual que él y que por azares de la vida llevaba más tiempo del deseado en dique seco. Cuando los congregados ante Ginés se dispersaron, Gonzalo de Avendaño le invitó a unirse a ellos. Los tres hombres pasearon por la ribera del Guadalquivir aprovechando la agradable brisa del atardecer.

A aquella tarde le siguieron otras tardes y, de esta manera, Ginés de Alquézar pasó a formar parte de la tertulia del capitán. Una noche, al calor de una de las muchas hogueras que se encendían en la ribera del río, Ginés les contó a Gonzalo de Avendaño y a Diego de Ledesma cuán errante y triste era su existencia. Les habló del horrible crimen de sus padres, de su azarosa huida sin otro equipaje que una desvencijada vihuela y del por qué había decidido cambiarse el nombre.

- Ya no quiero seguir escondiéndome. Si soy musulmán, no responderé a ningún nombre cristiano. Quiero que a partir de hoy me llaméis Nahar.
- ¿Qué significado tiene? –quiso saber Diego de Ledesma.
- Nahar, significa río en árabe.
- Nahar –repitió Gonzalo de Avendaño.

Allí, a la orilla del Guadalquivir, su nuevo hogar, aquel pobre muchacho con el que la naturaleza no había sido muy generosa pero al que, sin embargo, la vida le había dotado

de una sabiduría y una sensibilidad especiales, les deleitó con un concierto de vihuela que los dos hombres supieron apreciar.

Cuando dejó la vihuela, Gonzalo de Avendaño le daba vueltas a los versos que le había oído recitar el día que se conocieron:

- *En altas ondas del mar*

navegando con fortuna...

- Veo que todavía los recuerda –dijo Nahar.

- Sí, de Juan de Dueñas, ¿pero cómo se titulan esos versos?

- *La Nao de amor* –dijo Nahar.

- Me gustaría que me los copiases en un papel.

- No se preocupe, capitán, mañana mismo se los entrego.

Al día siguiente, Nahar se presentó en casa de Gonzalo de Avendaño con unas cuartillas en las que había manuscrito el poema de Juan de Dueñas. Llamó de forma reiterada a la puerta, pero nadie salió a su encuentro. Unas mujeres que charlaban apoyadas en la fachada de la casa le informaron que el capitán había recibido una visita a hora muy temprana y que ambos caballeros habían abandonado la vivienda de forma apresurada, como si algo muy importante les esperase en otro lugar.

Nahar se volvió al río, al pequeño cobertizo en el que vivía y que él mismo se había construido con maderas, maromas y trozos de velas viejas y allí pasó la mañana sacando notas a su vihuela. Esperó la caída de la tarde para buscar a Gonzalo de Avendaño y fue a última hora cuando lo vio venir entre el gentío con Diego de Ledesma y otro hombre al que no conocía. Al encontrarse frente a frente, Nahar le extendió las cuartillas.

- Sus poesías, señor.

- Las poesías, claro -dijo Gonzalo de Avendaño-. Siento haberte dado plantón esta mañana, pero este caballero es el responsable de mi ausencia. Te presento a Lorenzo de Ahumada.

- Encantado de conocerle, señor.

- Lo mismo digo –contestó el caballero.

Los cuatro hombres se encaminaron a un figón que estaba en los bajos de un edificio que amenazaba ruina, junto a la dársena, y ocuparon una mesa.

- ¡Vamos a cenar caliente! –dijo Diego de Ledesma.

- ¿Qué celebramos? –preguntó el muchacho.

- Todavía no lo sé muy bien, pero si no estoy soñando, pronto volveré al único lugar en el que la vida tiene su valor verdadero: la mar –apostilló Gonzalo de Avendaño.

Los cuatro hombres cenaron con buen apetito y aparcaron la conversación para dar cuenta a lo que el tabernero iba poniendo sobre la mesa. Cuando terminaron de cenar se mantuvieron un buen rato sentados en sus taburetes, sin prodigarse mucho en la conversación. Tal vez, el más hablador era Nahar, pero en esta ocasión no tenía nada que contar, pues para él, aquel festín era más bien una despedida. Los únicos amigos que tenía iban a embarcarse de forma inminente. Se alegró por ellos, pero no pudo evitar sentir una tristeza inmensa al verse solo de nuevo.

Cuando se despidieron, Nahar se quedó paseando por la ribera del río, no tenía sueño, además no estaba acostumbrado a dormir con el estómago lleno. Acompañado únicamente por el sonido frío de sus pasos y la inmensa tristeza que habitaba su alma, se perdió entre los barcos varados, los cordajes y velámenes amontonados en los muelles y la compañía fugaz de alguna gaviota sobrevolando su cabeza.

Después, cansado y con una sensación de inmensa soledad, se refugió en su desvencijada chabola, donde acompañado de su vihuela recitó estos versos:

*Ven muerte, tan escondida
que no te sienta conmigo,
porque el gozo de ir contigo
no me torne a dar la vida.*

Luego, envuelto en harapos se quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, le sorprendió ver a Gonzalo de Avendaño merodeando a la puerta de su choza.

- Buenos días, señor.

- Buenos días, contigo quería hablar...

- Usted dirá.

- No, aquí no. Es mucho lo que tengo que decirte. Mejor hablamos en mi casa.

- Como usted quiera.

Los dos hombres se alejaron del Arenal charlando camino de la casa del capitán. Una vez en ella, sentados uno frente al otro, sin más mobiliario en la habitación que dos

sillas y un viejo baúl, Gonzalo de Avendaño desmenuzó minuciosamente la visita que el día anterior le había hecho Lorenzo de Ahumada y los pormenores y motivos de la misma.

Lorenzo de Ahumada era un ilustre del reino de Sevilla, vinculado a la familia del Duque de Medina Sidonia. Ostentaba un cargo importante en el Consulado de Sevilla y era asesor de la Casa de Contratación. Se había presentado de madrugada en su casa con el único fin de proponerle una misión atractiva pero arriesgada y que debía llevarse con absoluto mutismo.

La encomienda no era otra que la de fletar un barco a las Indias para traerlo cargado de oro. Gonzalo de Avendaño no podía negarse, pues la proposición era muy tentadora, sin embargo, había algo oscuro que no acertaba a discernir. Embarcaciones con tal fin se fletaban a la luz del día en Sevilla un día sí y otro también. Entonces, ¿por qué nadie debía saberlo?, ¿por qué le habían elegido a él?, ¿tal vez porque no estaba en situación de poder hacer muchas preguntas?, ¿de poner condiciones?, seguramente.

El capitán tenía pocas elecciones si quería volver a la mar, así que tuvo que acceder a todo lo que le propuso Lorenzo de Ahumada.

El barco en cuestión era una carabela, o tal vez una carraca portuguesa en estado más que dudoso. Y es que hasta en eso habían escatimado gastos. Pero ni la procedencia de la nao, ni su estado iban a ser inconveniente. Ahumada haría valer su cargo en el Consulado de Sevilla para hacer pasar a la nave por española con documentación en regla ante el juez de la Casa de Contratación, ante el General de la Armada y ante los inspectores de naos, que precisamente estaban para comprobar la nacionalidad y el estado de las embarcaciones.

También la tripulación se la dieron cerrada. Le acompañarían veintiocho hombres: un maestre, un artillero, un barbero, un fraile, dos grumetes, dos pajes y veinte marineros.

A Gonzalo de Avendaño no le quedaba otra alternativa que decir amén, pero puso una condición que dejó perplejo a Lorenzo de Ahumada.

- También vendrá un músico.
- ¿Cómo?
- Lo que ha oído, o no hay trato.
- ¿Y quién es ese músico, si puede saberse?
- El muchacho con el que cenó usted anoche.
- De poco le valdrá un jorobado en medio del océano.

- Eso a usted no creo que le importe.

- Pues la verdad, no.

Lorenzo de Ahumada acompañó hasta la puerta a Gonzalo de Avendaño, iba éste a salir cuando le espetó:

- ¿Conozco a algún miembro de la tripulación?

- Al maestro, su viejo amigo Diego de Ledesma.

- ¿Ha dado ya el visto bueno?

- Lo dará, como usted. No tiene alternativa si quiere volver a la mar.

- Se ha hecho usted con una panda de desheredados.

- ¡No exagere Gonzalo, no exagere!

- ¿Cuándo nos vamos?

- No se preocupe, tendrá noticias mías.

Cuando terminó de hablar el capitán, Nahar tenía los ojos como platos y no reaccionaba. Se había quedado petrificado en la silla y era incapaz de articular palabra.

- Bueno –dijo el capitán-, ¿qué opinas?.

- Nada, señor.

- ¿Has navegado alguna vez?.

- Nunca, señor.

- Pues ya va siendo hora.

Los dos hombres salieron a la calle, necesitaban que les diese el aire para aclarar un poco las ideas. Gonzalo de Avendaño sabía que aquel viaje tenía gato encerrado, pero no tenía opción.

Una semana más tarde, Lorenzo de Ahumada buscó al capitán, con la puesta del sol, en la ribera del Guadalquivir. Iba acompañado por su maestro y el músico.

- Buenas tardes –dijo Lorenzo de Ahumada.

- Buenas tardes –contestaron ellos.

- El barco está listo. Han calafateado el casco. El miércoles cargan y el jueves salen. He traído una lista de los víveres. Échele un vistazo, por si faltase algo.

Gonzalo de Avendaño miró por encima la lista de los bastimentos y asintió con la cabeza, pero antes de devolvérsela de nuevo a Lorenzo de Ahumada, ordenó:

- Cambie los toneles de vino, por más agua.

- Como quiera.

En una ojeada rápida, Gonzalo de Avendaño pudo ver que al menos en alimentos no habían ahorrado: ajos, alcaparras, almendras, arroz, anchoas, azúcar, garbanzos, harina, higos, miel, pescado seco, queso, tocino añejo, carne y todo lo necesario para una larga travesía estaban allí acumulados.

- No sé cómo quieren matarnos –dijo Gonzalo de Avendaño a sus amigos-, pero parece que de hambre no va a ser.

Al acabar de revisar el listado se despidieron de Lorenzo de Ahumada y siguieron su camino. No se volvieron a ver hasta que dos días después se hicieron los preparativos para embarcar. A Gonzalo de Avendaño no le costó tomar conciencia del cargo que ostentaba y desde el primer momento se puso a dar órdenes para que las mercancías, enseres y víveres que debían transportar fueran subidos a bordo.

En estas estaban cuando Lorenzo de Ahumada se presentó ante el capitán para decirle que navegarían como navío suelto, es decir, que emprenderían la travesía sin protección alguna frente a los piratas y corsarios que pudieran toparse en su camino.

Pero a decir verdad, a Gonzalo de Avendaño todo eso le importaba más bien poco o sencillamente no le importaba, así que mirándolo sin torcer el gesto se encogió de hombros y siguió dando ordenes a sus hombres. La vida le había enseñado a resolverse solo los problemas y no iba a ser ahora cuando pidiese ayuda para defenderse de unos posibles ladrones marinos.

Al amanecer del jueves de aquel plácido mes de abril, Gonzalo de Avendaño recibió la comunión de manos de Alonso de Quemada, fraile que les acompañaba en la “Virgen del Mar”, y acto seguido dio orden de levar anclas y largar los aparejos.

Por el río Guadalquivir, delante de la “Virgen del Mar”, navegaba una galera que servía para ir sorteando los pasos difíciles, sobre todo, la barra sanluqueña.

Una vez pasada ésta, la embarcación comenzó su periplo con fuerte virazón, así hasta la puesta del sol hacía el sur, unas sesenta millas; después al sudoeste y al sur cuarta del sudoeste, lo que no era otra cosa, que el camino hacía las Canarias.

Gonzalo de Avendaño sintió como gemían las cuadernas doloridas y pensó que en peores se había visto y había salido.

Ahora, lo importante era abandonar tierra firme y ese objetivo estaba cumplido, otra cosa muy distinta sería llegar a destino.

Aquella primera noche fue dura para más de uno, pero especialmente para Nahar, que se la pasó vomitando a sotavento de la brisa y poniendo perdido a todo aquel que por despiste tuvo la desgracia de pasar junto a él.

Diego de Ledesma, viendo el panorama se limitó a decir:

- No sé muy bien si sabemos donde nos hemos metido.

El capitán le atajó:

- Cuando no tenga nada dentro, dejará de largar.

Al margen de estas pequeñas anécdotas, la noche fue tranquila. Los pajes y grumetes trabajaron con tesón para fregar la cubierta con agua salada y duras escobas.

Antes de amanecer, Alonso de Quemada les llamó para rezar las primeras oraciones del día. Después de los rezos, el capitán repartió los turnos y el trabajo que debía realizar cada hombre a lo largo del día. Hubo algún comentario a media voz que soliviantó a más de uno y que no agradó al capitán, el cual se lo hizo saber a la tripulación.

- Si alguien no está de acuerdo, que abandone el barco.

Se hizo un silencio sepulcral y Gonzalo de Avendaño dio por zanjadas las diferencias. Acto seguido, repartió los espacios personales. Existían tres camarotes: el del capitán, un segundo compartido por Gilberto de Nebreda, que ostentaba el cargo de artillero y Diego de Ledesma, que era el maestro y un tercero que lo ocuparían el barbero, Ignacio de Guetaria y el fraile, Alonso de Quemada. El resto dormiría en cubierta, cada uno buscándose su rincón más cómodo donde mejor se guareciese del agua y la humedad, cubriéndose con mantas y esteras o simplemente al abrigo del cordaje.

Nahar no dijo nada, pero Gonzalo de Avendaño leyó sus ojos tristes. El músico intentaba descifrar si sus pocas fuerzas eran suficientes para atravesar el océano en una situación tan precaria y a juzgar por la expresión de su rostro algo le decía que un nuevo hogar le estaba esperando en el fondo del mar.

- No te preocupes, muchacho –le dijo el capitán-, donde caben dos, caben tres. Dormirás con el fraile y el barbero.

Nahar permaneció callado, agradecía el gesto de Gonzalo de Avendaño, pero ahora que se veía en aquel cascarón desvencijado recibiendo las sacudidas salvajes de la mar, debió de pensar que un camarote en aquel barco no le libraría de un final trágico.

Así de triste y ensimismado estaba Nahar, cuando llamaron a comer. Eran las once de la mañana. Todos comieron con ansia, pues ya estaban informados que aquella era la única comida del día.

Lo que peor llevaba el capitán, no era tener que navegar en una embarcación renqueante, que a cada golpe de mar parecía que fuese a abrirse como una sandía, sino tener que bregar con un atajo de desarrapados que la mayor cantidad de agua junta la habían visto en el pilón de su pueblo, donde abrevaba el ganado.

De los veinte marineros, cinco habían subido a la embarcación forzados. Ni más, ni menos, que por pasar por allí. A otros cinco no los querían ni en prisión y no encontraron mejor forma de quitárselos de encima que encomendárselos a Gonzalo de Avendaño. Dos huían de sus mujeres y creían los desgraciados que en la “Virgen del Mar” estaba su salvación, ¡pobres ilusos!. Sólo ocho habían navegado. Ante esta situación, el panorama no se presentaba muy alentador. Sobra decir que pajes y grumetes eran huérfanos que mendigaban por las calles o, lo que era aún peor, habían sido expulsados de sus hogares de una patada en las posaderas. Así y todo, Gonzalo de Avendaño respiraba feliz cuando veía la brisa hinchando las lonas que colgaban del palo y los estays. Sabía lo que era la vida y también sabía que ésta no podía cambiarla, sin embargo, era consciente de que la mar era otra cosa, aquí se podía virar de bordo a toda prisa y largar velas.

El mar te permitía en un instante lo que la vida no te daba en toda tu existencia.

Cuando la embarcación entró en el mar de Las Damas, tanto Gonzalo de Avendaño como Diego de Ledesma respiraron tranquilos, y parte de esa tranquilidad debieron de transmitírsela a su tripulación, pues los rostros que momentos antes mostraban crispación y temor se habían vuelto risueños y sosegados.

Ellos sabían que, una vez allí, los peligros eran menos, por no decir inexistentes. Decían que el nombre de mar de Las Damas se debía a que eran tan mansas sus aguas que en aquel lugar hasta una mujer podía hacerse con la embarcación. Los vientos alisios soplando de popa eran una bendición para unos hombres que en más de una ocasión habían tenido que soltar velas y dejarse llevar, confiando únicamente en la suerte.

A aquellos desheredados de la tierra, a los que les habían ofrecido la mar, no sé muy bien si por casa o sepultura, no les había quedado otro remedio que aprender a desenvolverse en aquel cascaron de maderas desvencijadas, a contagiarse del hechizo de la bruma y a tatuarse la mar oceána en el alma cual si fuera su amante.

Habían aprendido que cuando las velas tiran de las garruchas que sujetan a los estays y cuando se tensan las escotas, no puede uno quedarse mirando el firmamento agarrado al palo mesana. A veces, no quedaba más remedio que subir por los flechastes y maldecir al cielo, mientras descalzos, trepaban como simios en medio del infierno.

Pero cuando el tiempo no era adverso y quedaba espacio para la diversión, donde mejor lo pasaban los pajes y grumetes, y por extensión toda la tripulación era en los “jardines”. Gonzalo de Avendaño había ordenado hacer unos asientos perforados, colocados tanto a proa como a popa y ligeramente salidos de la embarcación, donde acudían todos los hombres del barco a hacer sus necesidades y donde recibían el frío y, a veces, duro azote de las olas en sus partes más sensibles.

A estos momentos de asueto había que añadirle los ratos en que Nahar les alejaba de la depresión y las preocupaciones tocando la vihuela o cuando desde proa a voz en grito, recitaba:

*A la muerte que es tan fuerte
tengo yo por muy querida;
que todos la llaman muerte,
yo sólo la llamo vida.*

- Eso, ¿te lo has inventado tú? –preguntó desde la toldilla, Gilberto de Nebreda.

- ¡Qué más quisiera yo!, ¡lo escribió Ximénez de Urrea –gritó Nahar.

- ¡Una más alegre! –pidió Ignacio de Guetaria.

Nahar rasgó la vihuela y dijo así:

*Yo me iba, mi madre,
a la romería;
por ir más devota,
fui sin compañía.
Tomé otro camino,
dejé el que tenía.*

*Halléme perdida
en una montiña,
echéme a dormir
al pie de una encina.
A la media noche
me hallé en los brazos
del que más quería.
Pesóme cuitada,
que ya amanecía,
porque yo gozaba
del que más quería.
Muy bendita sea
la tal romería.*

Todos rieron y aplaudieron la intervención de Nahar.

- ¿Ésa, tampoco es tuya? –preguntó irónico el barbero.

- Ésta es una adaptación libre –dijo Nahar.

Mientras tanto en el castillo de proa Gonzalo de Avendaño y Diego de Ledesma reían satisfechos. Sin ninguna duda, el capitán pensaba que el haberse traído al músico había sido todo un acierto y es que aunque la tripulación tenía tiempo para la algarabía, no por ello se dejaba desatendida la embarcación un solo minuto. Existía un sistema de turnos de cuatro horas, que todos conocían de memoria. Los cambios se efectuaban a las tres, a las siete y a las once. Cada treinta minutos uno de los grumetes o pajes cantaba la hora dando la vuelta a una ampolleta. Eso a Nahar le gustaba porque disfrutaba al escuchar el canto del grumete al amanecer, que al dar la vuelta a la ampolleta, entonaba:

*Bendita sea la luz y la santa Veracruz,
Y el Señor de la verdad y la Santa Trinidad.
Bendita sea el alma, y el señor que nos la manda,
Bendito sea el día y el Señor que nos lo envía.*

Después la tripulación se desperezaba y comenzaba un nuevo día.

Martín, un paje que no había conocido una casa como Dios manda en sus horribles once años de existencia. Nacido sin padre, con una madre que cada noche compartía el

jergón de la covacha que habitaba con un hombre distinto, había hallado en la “Virgen del Mar” a la familia que nunca tuvo. No se quejaba de nada, hacía su trabajo a conciencia, pero aquella mañana a pesar de que se presentaba limpia, sin vientos y con mar en calma, el muchacho se sintió indispuerto. Quería trabajar, pero las fuerzas le faltaban.

Le examinó Ignacio de Guetaria, el barbero, y después de palpar aquel puñado de huesos dijo:

- Es la humedad, tiene pulmonía.

El muchacho estaba ardiendo de fiebre y sentía convulsiones por todo el cuerpo. Si seguía pernoctando en cubierta lo más probable es que muriera.

Nahar le cambió su cama. Lo acomodó en su camarote y lo abrigó con ropas secas. Mientras esperaba a que sanase, él durmió en cubierta.

Los dos primeros días Martín los pasó delirando, pero después, sus ojos comenzaron a recobrar la vida que les faltaba.

Nahar a parte de prepararle caldos calientes, le hacía compañía y le contaba historias; unas historias que entusiasmaban al niño. Siempre empezaban de la misma manera: *En el mar habitan unas divinidades femeninas que personifican sus aspectos más amables. Viven en el fondo, hilando telas preciosas, oyendo música, cantando...y de cuando en cuando surgen entre las olas para jugar y danzar.*

- ¿Eso que me cuentas, es verdad? –preguntó Martín.

- Claro, sólo tienes que cerrar los ojos e imaginarlo.

El día que el niño volvió a cubierta le pidió a Nahar que, en los ratos libres, contase a la tripulación las historias que le había contado a él.

Al artillero, Gilberto de Nebreda, no dejaba de sorprenderle que un hombre que jamás había pisado la cubierta de un barco, supiese tantas historias sobre la mar.

- Cuéntate una historia –largó Ignacio de Guetaria.

Nahar les habló de Anfitrite, aquella que mientras dirigía la danza de sus hermanas frente a Naxos, sedujo a Poseidón, con el que tuvo a Tritón, el mar.

Por un motivo o por otro, lo cierto, es que Nahar acababa siendo siempre el centro de las reuniones de los marineros. Cuando no les contaba una historia, les recitaba unos versos y sino les daba un pequeño concierto de vihuela. Después, cuando el rato de asueto se disipaba, cada cual volvía a sus quehaceres y al caer la noche entonaban el “Salve

Regina”. Entonces, se apagaba el fogón y únicamente quedaban despiertos los hombres de guardia. El silencio se apoderaba de la nave y sólo era roto por las llamadas del grumete:

- ¡Ah de proa, alerta, buena guardia!.

A un día igual, le sucedía otro idéntico, así, hasta que un amanecer la bruma comenzó a clarear a cuatro cuartas por la amura de babor y el grumete, apostado en la cofa del palo mayor, gritó:

- ¡Tierra!, ¡tierra!.

Por fin, habían llegado a su destino. Gonzalo de Avendaño miró a Diego de Ledesma con disimulada satisfacción y con la ironía que le caracterizaba, preguntó:

- ¿Estará aquí la sorpresa que nos reservan?.

- Eso lo veremos enseguida –contestó Diego de Ledesma.

Pero en la Española no encontraron problema alguno, al contrario, fueron recibidos y agasajados como auténticos mandatarios.

El barco hubiese podido zarpar de nuevo con la carga de oro en sus bodegas a los pocos días de llegar si no fuera porque tenían orden expresa de Lorenzo de Ahumada de que no lo hicieran hasta pasado el invierno. Cruzar el océano en aquella época del año era una temeridad, pero quedaba claro que las guerras con Francia no requerían de aquel cargamento. Tal vez el hermetismo y mutismo con los que se había llevado a cabo la operación, obedecía a que el oro que portaba la “Virgen del Mar” iría destinado a fiestas y agasajos de la corona, más que a la defensa de los intereses patrios.

De todas las maneras, se limitó a descansar con su tripulación en aquellas tierras, que comenzaban a serle más gratas que las que le habían visto nacer. Allí, aunque se procuraba cierta disciplina, las horas libres eran muchas y los marineros se relajaban en exceso, haciendo una vida bastante más anárquica de la que le hubiese gustado que llevaran. Resultado de esta laxitud en las costumbres, fue que tres marineros embarcaron en un estado lamentable para el viaje de regreso.

Ignacio de Guetaria visitaba todos los días a los enfermos, pero a medida que pasaba el tiempo, veía que las pústulas y úlceras en el rostro y los miembros iban en aumento. Los ungüentos que él les aplicaba daban muy pocos resultados y los tres marineros esperaban moribundos sobre la cubierta de la embarcación su final. Tristemente la sífilis había podido con ellos. Tal era el aspecto de aquellos tres desgraciados y tan repugnantes los chancros

que inundaban sus cuerpos, que Ignacio de Guetaria dejó que fuese Alonso de Quemada quien los atendiese en sus últimos momentos.

En menos de cuarenta y ocho horas fallecieron los tres y sus cuerpos, tras rezados unos responsos, fueron lanzados al mar. Aquellas bajas eran demasiado para una embarcación de sus características. Sin embargo, aquellos hombres estaban hechos de un material distinto al resto y se multiplicaban para hacer que aquellas maderas que crujían por todas sus juntas, no se desgajasen en cualquier momento y les privasen de llegar a puerto.

Para colmo de males, al otro paje, Manolín de Ayamonte, el apellido se lo había puesto el artillero por ser el niño natural de ese pueblo onubense, comenzaron a hinchársele las encías y los dientes se le fueron quedando dentro de una masa de tumores que expelían un hedor nauseabundo. Ignacio de Guetaria tuvo que rajar aquella carne blanda y viscosa, para dejar salir al exterior un líquido negro y fétido que producía unos dolores horribles, pero que al menos, después aliviaba al enfermo. Por única medicina, el barbero le aplicaba vinagre sobre sus doloridas encías.

Pronto Manolín dejó de hablar y las palabras de Nahar parecían no llegar a sus oídos. Todos se fueron olvidando de él y sólo el músico permanecía interminables horas a su lado. Cada minuto que pasaba corría en su contra. Fue perdiendo los dientes y dejó de comer. Su debilidad era extrema, sus piernas comenzaron a ponerse negras y a hincharse.

El capitán observaba impotente cómo su tripulación mermaba, pero no permitió que decayese el ánimo en sus hombres. Estaban cerca de casa, podían quedarles diez o doce días. Habló con Diego de Ledesma, ambos sabían que el desánimo y el abatimiento de una tripulación no podía traerles nada bueno.. Recurrieron al músico, sólo él sería capaz de hacerles más grata la travesía. Nahar trató de animar a la gente con sus canciones y poemas, pero la tristeza se había hecho un hueco en sus almas de una manera contumaz como para poder ahuyentarla con unos cantos.

El tiempo corría mucho más despacio de lo que hubiese deseado el capitán, sin embargo, aquellos marineros fajados en el oficio de prisa y a la fuerza, habían pasado de ser una panda de desarrapados, delincuentes y mendigos a comportarse como auténticos caballeros.

No era difícil recordar los primeros días, cuando todos dormían con un ojo abierto sin fiarse siquiera de su sombra. Ahora, hombro con hombro, unidos en la adversidad y el

desasosiego estaban dispuestos a dar hasta la última gota de su sangre por el hombre que faenaba a su lado en aquel mar que ya se había convertido en sepultura de tres de sus compañeros y tenía todos los visos, si Dios no lo remediaba, de llevarse también al pobre Manolín.

A veces, Ignacio de Guetaria miraba desde cierta distancia al niño moribundo, pero ya no se acercaba a él, era consciente de que sus servicios nada podían hacer por el pequeño.

Alonso de Quemada decía todas las tardes unos latines junto al cuerpo moribundo del paje y después palmeaba la espalda de Nahar, que era el único que pasaba interminables horas junto al niño, y se alejaba del lugar buscando un poco de aire que no oliese a muerto.

El cansancio, abatimiento y la monotonía de un día igual a otro día les había sumido a todos en un hondo silencio y solo el sonido del mar habitaba de forma obsesiva en sus doloridas almas.

Aunque a la expedición le quedaban pocos días para llegar a su fin, Gonzalo de Avendaño no dejaba de hacerse cábalas sobre el destino del oro. Por el contrario, a Diego de Ledesma poco le importaba eso, para él, lo único importante era llegar a puerto con la carga, en cuanto a lo que se hiciese con la mercancía le traía sin cuidado. Bastante habían sufrido ya como para buscarse más problemas.

Nahar, se levantó a arropar a Manolín con la primera luz, tratando de llevar un poco de calor a aquel cuerpo frío y vencido. El vigía en la cofa, sujeto a la obencadura, adivinó visible entre la bruma un barco de bandera española.

- ¡Barco español a estribor!

Apenas tuvo tiempo de avisar. Un estruendo seco sonó en la embarcación. Les habían dado de lleno.

Gilberto de Nebreda encaramado en las cureñas del cañón, hizo fuego contra sus compatriotas, no para tratar de salir victorioso de aquel combate, que de antemano sabía perdido, sino para procurar que a aquellos hijos de puta no les saliese gratis la jugada.

Gonzalo de Avendaño comprendió entonces por qué Lorenzo de Ahumada había llevado con tanto sigilo aquella expedición. Aquel oro, no era para guerrear con los franceses, ni tan siquiera para las juergas de la corona, sino para Lorenzo de Ahumada y sus secuaces de la Casa de Contratación y el Consulado de Sevilla.

Nahar vio con pánico y tristeza el barco desguarnecido, las tablas diseminadas, los cuerpos muertos, pero sintió alivio por Manolín, que en posición fetal sobre unos cordajes, ya no se enteraba de nada.

* * * * *

Andrés, el nieto de Francisco, piloto que realizaba el practica en el puerto de Cádiz, solía acompañar a su abuelo a las oficinas portuarias.

Sentía el niño por la mar una devoción inusitada, fruto de las historias y leyendas escuchadas a su abuelo. Disfrutaba correteando solo por la playa desierta, buscando conchas, esqueletos de peces o cualquier artilugio que le llamase la atención. Era dado a mirar la línea quebradiza y difusa del horizonte e imaginarse a naufragos pidiendo auxilio.

Aquella mañana llamó la atención de Andrés una botella que flotaba en la orilla. Se acercó a ella y vio que guardaba un manuscrito en su interior. Ésta era de verdad y no fruto de su imaginación, como había ocurrido tantas veces.

La abrió y vio que tenía fecha del diecisiete de mayo. Enseguida cayó en la cuenta de que estaban a veinte y corriendo como un poseso, con la botella en la mano, se fue en busca de su abuelo.

Llegó a las oficinas exhausto, extendió en una mesa el manuscrito y acertó a articular un puñado de palabras:

- Abuelo, todavía estamos a tiempo, sólo son tres días.

Francisco leyó aquel papel escrito con letra insegura y nerviosa y cuando terminó, dobló parsimoniosamente la hoja y levantando la vista dijo:

- Lo siento hijo, pero esos pobres hombres hace tiempo que descansan en el fondo del mar. La carta es del día diecisiete y hoy estamos a veinte, pero del año mil seiscientos treinta. Son cien años lo que nos separan de ellos. De todas maneras, guarda el manuscrito y cuando alguien te diga que eso de los naufragios y las botellas con mensajes son leyendas, no les rebatas, déjales. La mar es sólo para los hombres que creen en la aventura, como nosotros.

